

# EVANGELIZAMOS DESDE LA CARIDAD, LA ESPERANZA Y LA FE QUE VIVIMOS

Ponente: D. Angel Iriarte

(Delegado Episcopal de Caritas Diocesana de Pamplona-Tudela)

VITORIA-GASTEIZ, OCTUBRE 2009

Esta charla parte de la convicción de que Evangelizar no es simplemente ni primordialmente un invitar a compartir ideas, creencias... la convicción de que evangelizar es primordialmente contagiar lo que vivimos. Y lo que caracteriza la vida de los creyentes es vivir la vida teologal: la fe, la esperanza y la caridad.

## 1.- INTRODUCCIÓN:

### 1.1. Qué entendemos por evangelizar?

Pablo VI nos decía en la Exhortación Apostólica *Evangelio nuntiandi*:

- “Evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad” (n. 18).

- “La Buena Nueva debe ser proclamada en primer lugar, mediante el testimonio. Supongamos un cristiano o un grupo de cristianos que, dentro de la comunidad humana donde viven, manifiestan su capacidad de comprensión y de aceptación, su comunión de vida y de destino con los demás, su solidaridad en los esfuerzos de todos en cuanto existe de noble y bueno. Supongamos además que irradian de manera sencilla y espontánea su fe en los valores que van más allá de los valores corrientes, y su esperanza en algo que no se ve ni osarían soñar. A través de este testimonio sin palabras, estos cristianos hacen plantearse, a quienes contemplan su vida, interrogantes irresistibles: ¿Por qué son así? ¿Por qué viven de esa manera? ¿Qué es o quién es el que los inspira? ¿Por qué están con nosotros? Pues bien, este testimonio

constituye ya de por sí una proclamación silenciosa, pero también muy clara y eficaz, de la Buena Nueva. Hay en ello un gesto inicial de evangelización” (n. 21).

- “Y, sin embargo, esto sigue siendo insuficiente, pues el más hermoso testimonio se revelará a la larga impotente si no es esclarecido, justificado —lo que Pedro llamaba dar "razón de vuestra esperanza" (52)—, explicitado por un anuncio claro e inequívoco del Señor Jesús. La Buena Nueva proclamada por el testimonio de vida deberá ser pues, tarde o temprano, proclamada por la palabra de vida. No hay evangelización verdadera, mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios” (n. 22).

## 1.2. Evangelizar desde la vida teologal.

- Evangelizar = palabra + vida
- Vida en la Buena Nueva = vida en la Fe, la Esperanza y la Caridad.

## 2.- EVANGELIZAMOS DESDE LA CARIDAD<sup>1</sup>:

### 2.1. Quiénes somos a la luz de GS 1.

Creo que nunca está de más retomar las primeras palabras de la Constitución Pastoral *Gaudium et spes* del Concilio Vaticano II, y rumiar un poco lo que nos dicen.

"El gozo y la esperanza, la tristeza y la angustia de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de todos los afligidos, son también gozo y esperanza, tristeza y angustia de los discípulos de Cristo y no hay nada verdaderamente humano que no tenga resonancia en su corazón. Pues la comunidad que ellos forman está compuesta por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el Reino del Padre y han recibido el mensaje de la salvación para proponérselo a todos. Por

---

<sup>1</sup> Este apartado está tomado de: A. IRIARTE – M<sup>a</sup>.-T. QUINTANA, *Reflexiones sobre la identidad de Caritas y su concreción en las Diócesis de Pamplon-Tudela*, Pamplona-Tudela 2003.

ello, se siente verdadera e íntimamente solidaria del género humano y de su historia"<sup>2</sup>.

Nos presenta el texto dos aspectos. Por una parte nos indica la pauta del modo de estar en el mundo, de relacionarnos con él. Por otra sintetiza nuestro ser, nuestra identidad.

Decimos que en primer lugar nos habla sobre el modo de estar en el mundo. “El gozo y la esperanza... no hay nada verdaderamente humano que no tenga resonancia en su corazón”. Estamos y nos relacionamos con el mundo desde las resonancias de nuestro corazón, desde las resonancias de nuestras entrañas. Nuestro modo de estar en el mundo es *sintiendo*, y haciendo nuestro lo que sentimos. Usando el lenguaje zubiriano, nuestro estar en el mundo es estar en la *temperie* dejando que esta nos *atempere*. Lo nuestro no es objetivar el gozo y la esperanza, la tristeza y la angustia de los hombres. Lo nuestro es hacerlas nuestras. Más todavía, el gozo del otro me hace gozar, la tristeza del otro me entristece. Nos relacionamos con y desde el corazón, con y desde las entrañas.

En segundo lugar nos habla de nuestro ser, de nuestra identidad. El *ser* de la Iglesia consiste en ser una comunidad reunida en Cristo que es guiada por el Espíritu hacia el Reino, ofreciendo el Evangelio a todos, y esto siendo solidaria con el género humano y su historia.

## 2.2. La eclesialidad de la Evangelización.

La comunidad creyente, la Iglesia, es la enviada a anunciar la Buena Noticia a todos, es la enviada a Evangelizar. Esta es la misión de la Iglesia, su profunda razón de ser.

La Evangelización la realiza la Iglesia dando vida, realizando las tres grandes dimensiones de su ser: la kerigmática (anuncio), la litúrgica (celebración) y la diakónica (servicio). Ninguna de ellas monopoliza la evangelización y si falta alguna de ellas la evangelización no se realiza. La diakonía, el servicio, no es un acompañante de la evangelización, ella misma es evangelización (“Id y decid a Juan lo que oís y *veis*” Mt 11,4).

---

<sup>2</sup> GS 1.

Evangelizamos cuando anunciamos explícitamente la fe, evangelizamos cuando celebramos la fe y evangelizamos cuando servimos. Y dicho negativamente, no evangelizamos si no hacemos un anuncio explícito, no evangelizamos si no celebramos, no evangelizamos si no servimos. Las tres dimensiones son constitutivas de nuestra misión y de nuestro ser.

La Iglesia universal, toda Iglesia local, toda comunidad cristiana necesita vivir el anuncio, la celebración y el servicio. Por eso, ninguna de las tres dimensiones puede ser el feudo o la propiedad de un grupo. El anuncio no pertenece a los catequistas. La responsabilidad del anuncio es de la comunidad, de la Iglesia, que es quien encomienda a unas personas el desarrollo de esa misión. El servicio no es feudo del grupo de Cáritas. El servicio corresponde a la comunidad, y el grupo de Cáritas lo desempeña en nombre de esta.

### 2.3. Diakonía: ejercicio de la Misericordia en el horizonte de la Caridad.

Llegados a este punto hemos de plantearnos qué es la diakonía, cómo ejercer la diakonía en sintonía con nuestras raíces, es decir, dando continuidad al Misterio de Cristo. Y es entonces cuando vamos a comprobar que los dos aspectos que nos apuntaba *Gaudium et spes* son dos aspectos que se necesitan el uno al otro.

Leemos en la primera carta a los Corintios: “La caridad no acaba nunca. Desaparecerán las profecías. Cesarán las lenguas. Desaparecerá la ciencia (...) Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de todas ellas es la caridad” (1Cor 13, 8. 13).

La Caridad no acaba nunca. Llegará un momento en la plenitud escatológica en que la fe y la esperanza no serán necesarias. Su objeto será una realidad vivida, contemplada. Pero la Caridad permanecerá. La Caridad es vida teologal.

Dice Juan Pablo II en su encíclica *Dives in misericordia*: “En el cumplimiento escatológico, la misericordia se revelará como amor, mientras que en la temporalidad, en la historia del hombre —que es a la vez historia de pecado y de muerte— el amor debe revelarse ante todo como misericordia y actuarse en cuanto tal”<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> DM 8.

Desde esta clave de comprensión hemos de situar la diakonía. Nuestro servicio tiene un horizonte, la Caridad, que como hemos apuntado es vida teologal. La Caridad es el horizonte de plenitud, la Caridad será revelación del cumplimiento escatológico. Pero la Caridad, el Amor, debe manifestarse en el tiempo, debe manifestarse en nuestra temporalidad. La revelación de la Caridad en la historia es la *Misericordia*.

Nuestra diakonía debe ser esencialmente Misericordia. Y en esta clave confluyen nuestro ser y nuestro modo de estar en el mundo. Confluye nuestro ser ya que este consiste en actualizar el Misterio de Cristo que es revelación de la Misericordia del Padre. Confluye nuestro modo de estar en el mundo que es un estar desde el corazón, desde las entrañas, haciendo nuestros los sentimientos de los demás, volcando el corazón hacia toda miseria humana.

Misericordia, que es actualización de la acción salvadora de Dios (Ex 3, 7ss). Es actualización de la actuación de Jesús<sup>4</sup>: “Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia” (Mt 5, 7).

#### 2.4. Algunas urgencias de nuestra Caridad hoy:

##### 2.4.1. Posicionarnos para ser significativos:

- Análisis profundo de la realidad.
- Necesidad de resituarnos en esa realidad donde hay otros actores: públicos y privados.
- Elegir nuestras acciones para que sean capaces de comunicar a los demás nuestra Buena Noticia.

##### 2.4.2. Nuestro valor añadido: territorio y acompañamiento:

- Tenemos que plantearnos seriamente cuál es nuestro valor añadido.
- Un valor añadido es que estamos o podemos estar presentes en todo el territorio.
- Otro valor añadido es nuestra capacidad de pronta respuesta.

---

<sup>4</sup> Paradigmática es la parábola del buen samaritano (Lc 10, 29-37). La única clave de comprensión de su actuación según el texto es: “al verlo tuvo compasión”.

- Un valor añadido fundamental es abordar a la persona en su globalidad y poder realizar con ella procesos en los que los vamos acompañando.

### 3.- EVANGELIZAMOS DESDE LA ESPERANZA<sup>5</sup>:

#### 3.1. Algunos rasgos de la esperanza cristiana

La esperanza cristiana es esperanza metahistórica. Nuestra esperanza se basa en sabernos amados y esperados<sup>6</sup> por Dios, en saber que Cristo ha ido por delante de nosotros a prepararnos una estancia en la casa del Padre (cf. Jn 14, 1-4). Como bien expresa el Prefacio I de Difuntos, “aunque la certeza de morir nos entristece, nos consuela la promesa de la futura inmortalidad”. Nuestra esperanza es esperanza en la plenitud del Reino de Dios, es esperanza en la vida eterna. Nuestra esperanza está en Aquel que nos va a acompañar en el atravesar el valle de la muerte<sup>7</sup>. Nuestra esperanza, el fin de la historia humana es el Señor<sup>8</sup>. La fe cristiana es esperanza<sup>9</sup>. En esperanza fuimos salvados (*Spe salvi facti sumus*), son las primeras palabras de la penúltima encíclica de Benedicto XVI tomando las palabras de San Pablo (Rm 8, 24).

Nuestra esperanza es escatológica, siendo esperanza metahistórica, es al mismo tiempo una esperanza histórica. Nuestra esperanza no es un punto inmóvil en el horizonte del más allá, es el motor de nuestro existir histórico que es camino hacia nuestra meta escatológica. La fe “nos da ya ahora algo de la realidad esperada, y esta realidad presente constituye para nosotros una «prueba» de lo que aún no se ve. Ésta

---

<sup>5</sup> Este apartado lo tomo principalmente de: A. IRIARTE, *Aspecto social de la esperanza cristiana*, Corintios XIII, n. 125 (2008), 17-38.

<sup>6</sup> Cf. BENEDICTO XVI, *Spe salvi*, 3.

<sup>7</sup> “El verdadero pastor es Aquel que conoce también el camino que pasa por el valle de la muerte; Aquel que incluso por el camino de la última soledad, en el que nadie me puede acompañar, va conmigo guiándome para atravesarlo: Él mismo ha recorrido este camino, ha bajado al reino de la muerte, la ha vencido, y ha vuelto para acompañarnos ahora y darnos la certeza de que, con Él, se encuentra siempre un paso abierto. Saber que existe Aquel que me acompaña incluso en la muerte y que con su « vara y su cayado me sosiega », de modo que « nada temo » (cf. *Sal* 22,4), era la nueva « esperanza » que brotaba en la vida de los creyentes” (BENEDICTO XVI, *Spe salvi*, 6).

<sup>8</sup> Cf. *Gaudium et spes*, 45.

<sup>9</sup> Cf. BENEDICTO XVI, *Spe salvi*, 2-3.

atrae al futuro dentro del presente, de modo que el futuro ya no es el puro «todavía-no». El hecho de que este futuro exista cambia el presente; el presente está marcado por la realidad futura, y así las realidades futuras repercuten en las presentes y las presentes en las futuras”<sup>10</sup>.

Lo histórico para el creyente tiene importancia. En el presente vivimos ya anticipadamente lo que esperamos<sup>11</sup>, y lo que esperamos nos hace trabajar en el presente para hacer que este se vaya pareciendo a lo que esperamos. Sabiamente nos decía el Concilio Vaticano II: “la esperanza escatológica no merma la importancia de las tareas temporales, sino que más bien proporciona nuevos motivos de apoyo para su ejercicio”<sup>12</sup>.

El Reino de Dios no es simplemente futuro, es ya realidad presente (Cf. Lc 17, 21). La Resurrección no es simplemente futuro, somos ya resucitados en Cristo (Cf. Ef 2, 6; Col 2, 12; 3, 1-4). El Reino de Dios es esa semilla diminuta que ha sido ya sembrada y que va creciendo poco a poco, en cierta forma, independientemente de nosotros.

Quien supo unir magníficamente las diversas perspectivas de esta realidad fue Ignacio de Loyola. De San Ignacio se decía que en las cosas del servicio de Nuestro Señor que emprendía, usaba de todos los medios humanos para sacarlas adelante, con tanto cuidado y eficacia, como si de esos medios dependiera el buen resultado de lo que pretendía. Pero de tal manera confiaba en Dios y estaba pendiente de su divina providencia, como si todos los medios humanos que había puesto no fueren ni tuvieran efecto alguno<sup>13</sup>.

### 3.2. La *reserva* escatológica: siempre insatisfechos:

Tal como venimos exponiendo, la esperanza cristiana, la esperanza escatológica tiene que ver con la historia. Por ello no podemos relativizar en exceso lo temporal. No

---

<sup>10</sup> BENEDICTO XVI, *Spe salvi*, 7.

<sup>11</sup> Cf. BENEDICTO XVI, *Spe salvi*, 9.

<sup>12</sup> *Gaudium et spes*, 21.

<sup>13</sup> Cf. P. RIVADENEIRA, *Modo de gobernar de Nuestro Santo Padre Ignacio, para que los superiores las sigan en lo que más puedan*, Cap. VI, nº 14.

podemos creer que porque lo nuestro es el Reino de Dios, el esfuerzo temporal carece de valor. Todo lo contrario. La esperanza en el Reino aviva el compromiso con la historia<sup>14</sup>.

Ahora bien, del mismo modo hay que afirmar, que no podemos confundir o identificar los logros humanos, el desarrollo temporal, con el Reino de Dios. En este sentido, *Gaudium et spes* nos recuerda que somos “salvados por la gracia”<sup>15</sup>, y nos dice que “...hay que distinguir cuidadosamente el progreso terreno del crecimiento del Reino de Dios”<sup>16</sup>.

De este modo vemos que la escatología cristiana tiene dos momentos. Uno es el momento final, metahistórico. El momento del don gratuito de Dios, de la salvación plena<sup>17</sup>. Y un segundo momento, el momento donde la salvación actúa ya, donde el Reino de manera misteriosa está ya presente, donde el esfuerzo temporal del hombre *prepara*, interesa al Reino de Dios<sup>18</sup>.

---

<sup>14</sup> “Enseña además la Iglesia que la esperanza escatológica no merma la importancia de las tareas temporales, sino que más bien proporciona nuevos motivos de apoyo para su ejercicio” (*Gaudium et spes*, 21); “la espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien aliviar, la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo” (*Gaudium et spes*, 39).

<sup>15</sup> *Gaudium et spes*, 32.

<sup>16</sup> *Gaudium et spes*, 39.

<sup>17</sup> “Ignoramos el tiempo en que se hará la consumación de la tierra y de la humanidad. Tampoco conocemos de qué manera se transformará el universo. La figura de este mundo, afeada por el pecado, pasa, pero Dios nos enseña que nos prepara una nueva morada y una nueva tierra donde habita la justicia, y cuya bienaventuranza es capaz de saciar y rebasar todos los anhelos de paz que surgen en el corazón humano. Entonces, vencida la muerte, los hijos de Dios resucitarán en Cristo, y lo que fue sembrado bajo el signo de la debilidad y de la corrupción, se revestirá de incorruptibilidad, y, permaneciendo la caridad y sus obras, se verán libres de la servidumbre de la vanidad todas las criaturas, que Dios creó pensando en el hombre” (*Gaudium et spes* 39).

<sup>18</sup> “Se nos advierte que de nada le sirve al hombre ganar todo el mundo si se pierde a sí mismo. No obstante, la espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien aliviar, la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo. Por ello, aunque hay que distinguir cuidadosamente progreso temporal y crecimiento del reino de Cristo, sin embargo, el primero, en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al reino de Dios. Pues los bienes de la dignidad humana, la unión fraterna y la libertad; en una palabra, todos los frutos excelentes de la naturaleza y de nuestro esfuerzo, después de haberlos propagado por la tierra en el Espíritu del Señor y de acuerdo con su mandato, volveremos a encontrarlos limpios de toda mancha, iluminados y trasfigurados, cuando Cristo entregue al Padre el reino eterno y universal: "reino de verdad y de vida; reino de santidad y

Llegados a este punto no podemos olvidar una dimensión de nuestra esperanza escatológica, que en cierta forma se deduce de lo anterior. Es lo que la teología política ha llamado reserva o cláusula escatológica. Su contenido consiste en entender que ningún logro histórico puede identificarse con el Reino. Que todo resultado temporal es puesto en entredicho, pero ningún esfuerzo es inútil. La meta siempre es el Reino, por lo cual el creyente no puede parar nunca en su esfuerzo por hacer de este mundo el mundo que Dios quiere. Nos debemos congratular de los pequeños o grandes avances que en ese camino logramos. Pero ningún logro, ningún avance nos debe dejar satisfechos, porque de la situación que hemos logrado a la plenitud del Reino hay una distancia infinita. Y hasta que no lleguemos a la plenitud no hemos recorrido el camino completo.

Con todo lo dicho hasta ahora debemos afirmar que de la esperanza cristiana surge una ética. La ética del compromiso con la realidad, con la historia. La ética de la respuesta al Amor y la Gracia. La ética de la fraternidad.

*Gaudium et spes* nos dice: “El Señor dejó a los suyos una prenda de esta esperanza y un viático para el camino en aquel sacramento de la fe, en el que los elementos de la naturaleza, cultivados por el hombre, se convierten en su cuerpo y sangre gloriosos en la cena de la comunidad fraterna y la preguštění del banquete celestial”<sup>19</sup>.

“La Eucaristía es prenda de la esperanza de consumación y alimento del camino que nos lleva a la plenitud. Es preguštění del banquete celestial y cena de la comunidad fraterna. Es decir, es anticipación de plenitud y celebración de la realidad ya construida (fraternidad) aunque imperfectamente. Así podemos entender que el sentido de la celebración eucarística viene marcado, por una parte, por la esperanza en el don de Dios que nos regalará la plenitud. Y por otra, si está inserto en el esfuerzo humano (ético) de hacer de este mundo un mundo de amor. Dicho de otro modo, la Eucaristía estará llena de sentido si la comunidad vive la dimensión escatológica en las dos

---

gracia; reino de justicia, de amor y de paz". El reino está ya misteriosamente presente en nuestra tierra; cuando venga el Señor, se consumará su perfección” (*Gaudium et spes*, 39).

<sup>19</sup> *Gaudium et spes*, 38.

dimensiones que venimos comentando: radicalidad en el compromiso y espera de la plenitud”<sup>20</sup>.

### 3.3. La *prueba* de la realidad: pasar por el fracaso

En el Evangelio de Marcos leemos: “Y comenzó a enseñarles que el Hijo del hombre debía sufrir mucho y ser reprobado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, ser condenado a muerte y resucitar a los tres días. Hablaba de esto abiertamente. Entonces, Pedro, tomándole aparte, se puso a reprenderle. Pero él, volviéndose y mirando a sus discípulos, reprendió a Pedro, diciéndole: «¡Quítate de mi vista, Satanás! Porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres»” (Mc 8, 31-33).

Es el texto del primer anuncio de la Pasión en el Evangelio de Marcos, que está colocado inmediatamente después de la confesión que Pedro hace de Jesús como el Cristo. Ante el anuncio de Jesús de que va a sufrir, va a ser rechazado, y condenado a muerte, la reacción de Pedro es reprender a Jesús<sup>21</sup>. A este texto siguen las condiciones del discipulado: si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo... (cf. Mc 8, 34-38).

En el segundo anuncio de la Pasión (cf. Mc 9, 30-32) dice Marcos: “ellos no entendían lo que les decía y tenían miedo de preguntarle”<sup>22</sup>. Y a continuación leemos el texto que nos dice que habían discutido sobre quién era el mayor (cf. Mc 9, 33-37).

---

<sup>20</sup> A. IRIARTE, *Dos marcos de referencia para un cristianismo político: León XIII y la «Gaudium et spes»*, Vitoria 1997, 315.

<sup>21</sup> “Pedro, al que se acusa de dejarse llevar por lo humano, es presentado en una postura en la que nos podemos reconocer cada uno de nosotros. Todos nos inclinamos con más gusto hacia el vencedor que hacia el vencido. La incapacidad de sufrir y el miedo secreto a sentir el tacto de la muerte impiden que podamos entender al Hijo del hombre y asumir con su padecimiento la historia dolorosa de los hombres, que continúa en nuestro tiempo (...) La finalidad de este pasaje de Marcos está bien lograda en la medida en que la verdadera confesión de Jesús incluye la aceptación de su camino de dolor. Esta aceptación no es algo abstracto y teórico, sino que se pone de manifiesto en la «simpatía» con los que sufren” (J. GNILKA, *El Evangelio según San Marcos II*, Salamanca 1993<sup>2</sup>, 23).

<sup>22</sup> “La reacción de los discípulos a este segundo anuncio es expresión de que se mantiene la falta de inteligencia. La indicación, formulada sucintamente, de que temen preguntarle más detalles, pretende caracterizar su temor al sufrimiento” (J. GNILKA, *El Evangelio según San Marcos II*, Salamanca 1993<sup>2</sup>, 62).

En el tercer anuncio de la Pasión (cf. Mc 10, 32-34), Marcos no nos dice nada de lo que dicen o piensan los Doce, pero es curioso que el texto que sigue es el de la petición de los hijos de Zebedeo (cf. Mc 10, 35-40).

Sin entrar en si Pedro y los demás apóstoles creían (esperaban) que Jesús iba a implantar un Reino terreno, o no, lo que creo que aparece claro en los textos es que lo que no contemplaban de ninguna manera era el fracaso de Jesús. Y para ellos ser rechazado, condenado a muerte..., eran señales inequívocas del fracaso.

Seguramente los discípulos no entendieron el calado de las palabras de Jesús hasta después de la Resurrección. Pero parece que lo que sentían en un principio era el rechazo al fracaso de Jesús, el rechazo a su propio fracaso y su propio sufrimiento. Parece que entendían que la muerte violenta de Jesús acabaría con sus propias esperanzas.

Esta manera de pensar y de sentir no es lejana a la que podemos tener nosotros hoy. Nuestra esperanza también es cuestionada por el dolor y la muerte, por el sufrimiento y el fracaso.

La esperanza la tenemos que vivir en la realidad, en la historia. La esperanza es “histórica”, desaparecerá, no tendrá ya objeto, el día del encuentro con el Señor. La realidad está plagada de mal. En nuestro mundo hay millones de personas que sufren y mueren de hambre; las guerras que tiñen de sangre y muerte la faz de la tierra persisten; las enfermedades muchas veces dolorosas y sin remedio nos llegan sin saber por qué; la hermana muerte nos visita sin respetar los ritmos de la vida (mueren jóvenes, padres y madres con niños pequeños...); el desamor acompaña a muchos seres humanos; miles de niños son explotados; las drogas siguen rompiendo montones de vidas; cientos y cientos de miles de personas tienen que abandonar su tierra, su familia, para buscar recursos para poder vivir; seguimos llenando los márgenes de nuestra sociedad de personas a las que sistemáticamente expulsamos en razón de su raza, situación económica, estado mental...

El mal existe en nuestra sociedad, en nuestra realidad. El mal nos sigue acompañando. Y es en esta realidad donde debemos esperar, desde donde debemos esperar. Nuestra esperanza cristiana se debe encarnar en esta realidad.

Pero además del mal, en nuestra historia está presente el fracaso, la frustración. Conocemos a muchas personas que han dedicado toda su vida a luchar por una causa. Por ejemplo, a luchar contra el hambre en un determinado país africano. Cuántas veces sucede que después de muchos años, cuando parecía que la situación mejoraba, viene una guerra, una crisis económica y todo se viene abajo. Nos deja en la situación inicial del trabajo o en situación peor.

En las Cáritas sabemos bastante de esto. Me refiero al fracaso y la frustración. Después de dedicar muchos años de nuestra vida a luchar contra la marginación y la vulnerabilidad, vemos que los números nos dicen que hay los mismos o más que cuando comenzamos. Después de trabajar con un determinado colectivo y lograr mejorar significativamente sus condiciones de vida, vemos que la sociedad produce otro que ocupa el lugar del primero o un lugar peor. Después de acompañar durante años a una persona en un proceso de recomponer, hasta donde se pueda, su vida rota, sucede algo que la vuelve a romper, y hemos de volver, en el mejor de los casos a la línea de salida.

Son realidades que vivimos en el mundo de la intervención social. Y con ellas y desde ellas hemos de esperar, hemos de encarnar nuestra esperanza cristiana.

El mal y el fracaso son el crisol que “prueba” nuestra esperanza. En este crisol nuestra esperanza se purifica o fenece. Este crisol es el que otorga el sello de “calidad”, el sello de autenticidad a nuestra esperanza<sup>23</sup>.

Pero, veamos algunos posicionamientos frente al crisol del mal y el fracaso. Por una parte, están aquellos que creen que su esperanza no tiene nada que ver con la realidad, con la historia. Tienen una esperanza absolutamente metahistórica.

---

<sup>23</sup> “La verdadera, la gran esperanza del hombre que resiste a pesar de todas las desilusiones, sólo puede ser Dios, el Dios que nos ha amado y que nos sigue amando «hasta el extremo», «hasta el total cumplimiento» (cf. *Jn* 13,1; 19,30)” (BENEDICTO XVI, *Spe salvi*, 27).

Nos encontramos con los que aceptan o comprenden la historia simplemente como un paso necesario para llegar al cielo. No es necesario hacer nada para superar las injusticias, los dolores de la realidad, porque Dios nos recompensará con creces en el más allá. El aquí no tiene importancia, solamente tiene valor el allá, el más allá.

Los hay que se preguntan cómo si Dios existe (que es tanto como decir, cómo si nuestra esperanza es verdadera), puede permitir el dolor y el sufrimiento, el fracaso de los justos (recordemos a Job). Con ligereza suelen concluir que si el mal y el fracaso de los justos existe, no puede existir Dios, la esperanza del creyente es una quimera.

Existen también aquellos que, teniendo una visión individualista de la esperanza, no la sienten cuestionada cuando el mal y el fracaso afectan a otros. Sólo la cuestionan cuando los afectados son ellos mismos. Hacen compatible su esperanza con el dolor de la humanidad, pero no con su propio dolor.

Hay también quienes están convencidos que los buenos están exentos del dolor y del fracaso. Desde una lectura un tanto superficial del Evangelio interpretan infantilmente aquellas palabras de Jesús: “¿No se venden dos pajarillos por un as? Pues bien, ni uno de ellos caerá en tierra sin el consentimiento de vuestro Padre. En cuanto a vosotros, hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temáis, pues; vosotros valéis más que muchos pajarillos” (Mt 10, 29-31). Y lo hacen, sin darse cuenta que los pajarillos caen y que nosotros nos quedamos calvos.

Seguramente existen más posicionamientos, y los presentados se podrían describir con mayor precisión y rigor. Pero creo que al menos la realidad nos dice que los presentados existen, y algunos de ellos bastante extendidos.

Si antes decíamos que la esperanza cristiana tiene dos dimensiones, la dimensión de plenitud en el Reino, y la dimensión presente en el compromiso con la historia, donde el Reino ya está presente, vemos que es bastante diversa a las esperanzas que muchas veces se viven. La esperanza cristiana choca muchas veces con la “prueba” de la realidad, y naufraga.

Pero, volvamos al anuncio de la Pasión. Si acudimos a los evangelios, vemos que, “los sinópticos coinciden en dividir el evangelio en dos partes: hasta Cesarea y a partir del Tabor; conclusión de la misión en Galilea e inicio de la subida a Jerusalén; del mesianismo del Cumplimiento al mesianismo de la Cruz”<sup>24</sup>.

Se podría decir que en los evangelios hay un momento de inflexión, un momento en que cambia la perspectiva. Hasta ese momento los discípulos han seguido a un Jesús que es escuchado por las multitudes, que cura a los enfermos, que realiza milagros. Unos discípulos que ven cerca el cumplimiento del deseo que encierra su esperanza, que encierra normalmente toda esperanza. Pero a partir de ahí, Jesús comienza a ponerlos de frente a la realidad, a la dura realidad. Comienza a hablarles del rechazo, del horizonte de sufrimiento y muerte que le espera. Decíamos antes que los discípulos ante este posicionamiento de Jesús no entendían nada, y se rebelaban.

No es de extrañar que se rebelasen, que no entendiesen nada. Lo que les estaba pidiendo Jesús era que aceptasen algo muy diverso a lo que ellos deseaban. Que habiéndose entregado por completo a la causa del Reino, se negasen a ellos mismos, que la lógica del Reino era una lógica nueva, escandalosa para la mayoría: la de morir para dar la vida<sup>25</sup>. Esto es lo que Pablo dirá en la primera carta a los Corintios, después de que se ha comprendido y aceptado la nueva lógica de Jesús: “nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles” (1Cor 1, 23). Esto es lo que comienza a pedirles Jesús a los suyos, que sigan a uno que va a ser crucificado, que vivan un seguimiento que va a ser escándalo y necedad para la mayoría.

Pero, el punto de inflexión al que hacemos referencia hemos de vivirlo y asimilarlo. Necesitamos hacer nuestra la afirmación de Pablo: nosotros hoy también predicamos a un Cristo crucificado. Para poder hacerlo verdad necesitamos varias cosas.

Necesitamos hacer nuestra la dimensión escatológica de nuestra fe. Hacer nuestro el “ya sí, pero todavía no”. Hacer vida que el Reino ya está entre nosotros, pero que al mismo tiempo tenemos que esperar el Reino. Que la historia, que lo social, son

---

<sup>24</sup> J. GARRIDO, *El camino de Jesús*, Santander 2006, 164.

<sup>25</sup> Cf. J. GARRIDO, *El camino de Jesús*, Santander 2006, 165.

importantes, y son el escenario y el crisol de nuestro seguimiento de Jesús, pero que esperamos el cielo que nos será dado como don<sup>26</sup>.

Esto implica que necesitamos unificar dos aspectos de nuestra esperanza. Necesitamos unificar el deseo y el don. Nunca reducir nuestra esperanza a uno de los parámetros, sino vivirlos unidos. Deseo que nos mueve a buscar y lograr el horizonte que perseguimos, que nos mueve a anticipar cada día más y mejor lo que esperamos. Pero conciencia de que lo que esperamos es don, que es inalcanzable por la sola fuerza del deseo, que es irrealizable históricamente<sup>27</sup>.

Necesitamos unificar cielo y tierra<sup>28</sup>. No podemos reducir nuestra esperanza a lo que denominamos bienes espirituales, ni podemos reducirla a logros terrenales. Ni el objeto de nuestra esperanza es únicamente el cielo, ni su objeto son únicamente los logros terrenales. Nuestra esperanza tiene por objeto, por horizonte tanto el cielo como la tierra<sup>29</sup>. Lo nuestro es el seguimiento de Jesús en la historia, hacia el Reino. Bastaría decir que lo nuestro es el seguimiento de Jesús.

---

<sup>26</sup> “nosotros necesitamos tener esperanzas –más grandes o más pequeñas–, que día a día nos mantengan en camino. Pero sin la gran esperanza, que ha de superar todo lo demás, aquellas no bastan. Esta gran esperanza sólo puede ser Dios, que abraza el universo y que nos puede proponer y dar lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar. De hecho, el ser agraciado por un don forma parte de la esperanza. Dios es el fundamento de la esperanza; pero no cualquier dios, sino el Dios que tiene un rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo, a cada uno en particular y a la humanidad en su conjunto. Su reino no es un más allá imaginario, situado en un futuro que nunca llega; su reino está presente allí donde Él es amado y donde su amor nos alcanza” (BENEDICTO XVI, *Spe salvi*, 31).

<sup>27</sup> “El Juicio de Dios es esperanza, tanto porque es justicia, como porque es gracia. Si fuera solamente gracia que convierte en irrelevante todo lo que es terrenal, Dios seguiría debiéndonos aún la respuesta a la pregunta sobre la justicia, una pregunta decisiva para nosotros ante la historia y ante Dios mismo. Si fuera pura justicia, podría ser al final sólo un motivo de temor para todos nosotros” (BENEDICTO XVI, *Spe salvi*, 47).

<sup>28</sup> Cf. J. GARRIDO, *Proceso humano y Gracia de Dios. Apuntes de espiritualidad cristiana*, Maliaño (Cantabria) 1996, 51-59.

<sup>29</sup> “Toda actuación seria y recta del hombre es esperanza en acto. Lo es ante todo en el sentido de que así tratamos de llevar adelante nuestras esperanzas, más grandes o más pequeñas; solucionar éste o aquel otro cometido importante para el porvenir de nuestra vida: colaborar con nuestro esfuerzo para que el mundo llegue a ser un poco más luminoso y humano, y se abran así también las puertas hacia el futuro. Pero el esfuerzo cotidiano por continuar nuestra vida y por el futuro de todos nos cansa o se convierte en fanatismo, si no está iluminado por la luz de aquella esperanza más grande que no puede ser destruida ni siquiera por frustraciones en lo pequeño ni por el fracaso en los acontecimientos de importancia histórica” (BENEDICTO XVI, *Spe salvi*, 35).

Todo esto requiere un proceso de desapropiación. Necesitamos desapropiarnos de nuestros deseos, de nuestros esquemas, de nuestro orgullo, de nuestro tiempo. Nuestra esperanza no rige el tiempo, el tiempo lo rige Dios. Necesitamos aceptar los tiempos de Dios. El Reino no crece según nuestros tiempos. El Reino crece según el tiempo de Dios.

Aceptar el tiempo de Dios nos lleva a aceptar la autonomía de crecimiento del Reino. La semilla del Reino ha sido sembrada y se está desarrollando, independientemente de nuestra voluntad. Aunque al mismo tiempo es voluntad del Padre que nuestro actuar anticipe y anuncie la realidad del crecimiento del Reino. Actuar, como decíamos más arriba refiriéndonos a San Ignacio, como si todo dependiese de nosotros, sabiendo que nada depende de nosotros. Como dice Benedicto XVI: “Ciertamente, no «podemos construir» el reino de Dios con nuestras fuerzas, lo que construimos es siempre reino del hombre con todos los límites propios de la naturaleza humana. El reino de Dios es un don, y precisamente por eso es grande y hermoso, y constituye la respuesta a la esperanza. Y no podemos –por usar la terminología clásica– «merecer» el cielo con nuestras obras. Éste es siempre más de lo que merecemos, del mismo modo que ser amados nunca es algo «merecido», sino siempre un don. No obstante, aun siendo plenamente conscientes de la «plusvalía» del cielo, sigue siendo siempre verdad que nuestro obrar no es indiferente ante Dios y, por tanto, tampoco es indiferente para el desarrollo de la historia”<sup>30</sup>.

Necesitamos un cambio de visión sobre nuestra concepción del bien y del mal, de lo bueno y lo malo. Normalmente consideramos bueno todo aquello que nos grada, que nos da placer, que nos hace disfrutar, que nos produce satisfacción, que nos ayuda a vivir bien instalados en esta vida. Y por el contrario consideramos malo todo aquello que nos produce dolor, que nos produce amargura, todo aquello que nos impide vivir la vida tal como nosotros la deseamos. Sin embargo, desde la concepción bíblica de la vida como camino, bueno es todo aquello que nos ayuda a caminar, que nos ayuda a acercarnos a nuestro fin. Y por el contrario, malo es todo aquello que no nos ayuda a caminar, que no nos ayuda o nos impide acercarnos a nuestro fin. Desde esta

---

<sup>30</sup> BENEDICTO XVI, *Spe salvi*, 35.

perspectiva bueno no es lo agradable, sino lo que me ayuda a caminar, a crecer. Malo no es lo desagradable, sino lo que no me ayuda a caminar, lo que me impide crecer.

Hay que ser conscientes, que muchas veces nos ayuda más a caminar lo “desagradable” que lo “agradable”, que además tiene el peligro de que lo podemos considerar un fin en sí mismo<sup>31</sup>.

En el fondo es discernir la realidad según el “tanto en cuanto” ignaciano. Situarnos en nuestra realidad y “que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y por consiguiente en todo lo demás; solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos criados”<sup>32</sup>.

Significa esto no quedarnos encerrados en la inmanencia, sino mirar todo lo que nos rodea y nos sucede desde la trascendencia. Y decir trascendencia no significa ni mucho menos considerar “intrascendente” lo inmanente. En la realidad están todos los hijos de Dios que sufren y fracasan, y su clamor sigue llegando a los oídos del Padre (cf. Ex 3, 7-10). Decir que hay que contemplar todo desde la trascendencia significa mirar al que sufre desde su trascendencia, contemplar su vida como una vida que va más allá de lo que ahora vemos, de lo que ahora sentimos. Significa concebir el tiempo, la historia, como medio, como camino, como cultivo de lo que no vemos, pero está ahí y lo esperamos, el Reino.

### 3.4. Algunas cristalizaciones de nuestra esperanza hoy:

#### 3.4.1. Seguimos a Cristo Resucitado en pobreza y minoridad

*“... se despojó de su grandeza, tomó la condición de esclavo y se hizo semejante a los hombres. Y en su condición de hombre, se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz” (Flp 2, 7-8).*

---

<sup>31</sup> “Lo que cura al hombre no es esquivar el sufrimiento y huir ante el dolor, sino la capacidad de aceptar la tribulación, madurar en ella y encontrar en ella un sentido mediante la unión con Cristo, que ha sufrido con amor infinito” (BENEDICTO XVI, *Spe salvi*, 37).

<sup>32</sup> SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales*, 23.

La propia opción de Jesús marca nuestro estilo de pobreza evangélica. El seguimiento de Jesús supone vivir su mismo proceso de empobrecimiento para amar, servir, y posibilitar a los demás. Dejarse despojar es vivir desde la propia realidad con sus límites y posibilidades, dejándonos modelar por el Espíritu.

Se trata de renunciar a la voluntad de poder, y de tener. Estar liberados de ataduras para ser libres y disponibles. Ser limpios de corazón para poder escuchar a los que sufren y reconocer en ellos a Dios.

La vivencia de esta pobreza determina muchos aspectos de nuestra vida, pero en concreto, manifiesta cuál es nuestra relación con los bienes: ¿qué poseemos y cómo lo poseemos? ¿Cómo usamos los bienes?

No se trata sólo de ser austeros frente al consumo, sino de expresar en nuestras relaciones con el prójimo y Dios que dónde está nuestro tesoro está nuestro corazón.

Cáritas ha de caminar desde su realidad, con los límites y posibilidades que le dan su identidad. Ha de estar atenta para discernir qué cosas no le dejan libre para optar realmente por los más pobres, para anunciar y denunciar. Ha de revisar cuáles son los criterios que rigen la obtención y el uso de sus bienes, qué valores y actitudes quiere transmitir con ello. Hemos de contestar a la pregunta: en nuestro trabajo, ¿servimos o nos apropiamos?

*“En aquel momento se acercaron los discípulos a Jesús y le dijeron: «¿Quién es el más importante en el reino de los cielos?» Él llamó a un niño, le puso en medio de ellos y dijo: «Os aseguro que si no cambiáis y os hacéis como los niños no entraréis en el reino de los cielos. El que se haga pequeño como este niño, ese es el mayor en el reino de los cielos»” (Mt 18, 1-4).*

La pobreza evangélica comporta una elección de minoridad. Esta síntesis implica trabajar renunciando a tener la última palabra sobre la tarea realizada, la realidad y las personas para las que trabajamos.

Ser menores es una manifestación de la auténtica pobreza interior que se manifiesta exteriormente, es humildad de corazón y ausencia de poder, tanto material como espiritual, porque estamos llamados a vivir en una actitud de servicio, desde los últimos, que nos lleve a un despojarnos de todo poder.

La tendencia de las instituciones es engrandecerse, centralizar, burocratizarse. El reto de Cáritas es hacer posible una buena organización, lograr eficacia y a la vez vivir y mostrar su minoridad.

### 3.4.2. Descendemos a los lugares de la muerte:

Nuestro modelo es la Encarnación de Cristo, la *kénosis*. No hacemos proyectos en función de su éxito previsible. Trabajamos en función de la persona que tenemos delante, aunque su futuro sea irremediamente la muerte (muerte en vida o muerte definitiva).

En este sentido somos una empresa que no tiene que mostrar su cuenta de resultados, los objetivos logrados. Sólo debemos mostrar el modo en que hemos recorrido los caminos, aunque estos nos hayan llevado al fracaso.

## 4.- EVANGELIZAMOS DESDE LA FE:

### 4.1. Misterio de Cristo: Encarnación, Muerte y Resurrección

El *ser* de la Iglesia que nos presenta el Concilio, recordemos el n. 1 de GS, hunde sus raíces en el Misterio de Cristo: Encarnación, Muerte y Resurrección. El Cristo hecho *kénosis* hasta la Cruz, hasta las raíces de la inhumanidad, para hacer factible que el Padre levante en Él por la Resurrección la creación entera.

El Misterio de Cristo es el centro, el culmen y el horizonte de la historia de la Salvación. Cristo es la Palabra que condensa e ilumina todas las palabras dichas por el Padre a lo largo de la historia. Cristo es la Palabra del Dios de la misericordia<sup>33</sup>: del Dios que crea y coloca en las manos de todos los hombres su creación (Gn 1-2); del Dios que escucha el llanto de su pueblo y lo libera de Egipto (Ex 3, 7-10); del Dios que

---

<sup>33</sup> “Virtud que inclina el ánimo a compadecerse de los trabajos y miserias ajenos” (DRAE).

a través de los profetas pide a todos misericordia y no sacrificios (Os 6, 6); del Dios que fija su mirada y su ternura en la viuda, el huérfano y el extranjero (Dt 10, 18; 14, 29; 24, 17-21).

Jesús, el Cristo, es el enviado del Padre a anunciar la Buena Noticia a los pobres (Lc 4, 16-21), es el que proclama la voluntad del Padre en las Bienaventuranzas (Mt 5, 1-12; Lc 6, 20-23), es el que nos anuncia que el juicio del Padre será un juicio sobre el amor (Mt 25, 31-46).

Los reunidos en Cristo, los que seguimos a Cristo, somos los enviados a anunciar, como los discípulos de Juan, que “los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Nueva” (Mt 11, 5).

Nuestra fe tiene su centro en Cristo, en Cristo encarnado, muerto y resucitado. No creemos en cosas, creemos en alguien. No creemos en alguien abstracto, sino en alguien concreto. No creemos para crear currículum, creemos para seguir a alguien, para conformar nuestra vida a él.

Como dice Benedicto XVI en *Deus caritas est*: “Hemos creído en el amor de Dios: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”<sup>34</sup>.

Por ello desde la fe que vivimos podemos evangelizar contagiando a los demás, más que convenciendo.

## 4.2. Algunas cristalizaciones de nuestra fe hoy:

### 4.2.1. Verdad y sentimiento

---

<sup>34</sup> DC 1.

- Creemos en la verdad revelada por Dios. Pero usando la inteligencia y el corazón. Sintiendo, sintiendo el encuentro, sintiendo el amor. Comunión de sentimientos.

- Intentamos que los demás tengan nuestros mismos sentimientos.

#### 4.2.2. Ecumenismo, diálogo interreligioso y más

Hemos de creer con otros que profesan otros credos o no profesan ninguno. Sin miedos. Sin complejos. Reconociendo y buscando el valor del otro, lo que nos une. Pero mostrando abiertamente lo propio, lo que nos caracteriza.

#### 5.- CONCLUSIÓN:

Si vivimos nuestra fe, esperanza y caridad en estas perspectivas, seguro que contagiamos nuestra fe, seguro que evangelizamos.